

SOFÍA

Una débil y fría llovizna comenzaba a caer, refrescando el caluroso y temprano anochecer.

De pie, en frente al hogar de sus vecinos, inmóvil se encontraba, esperando ahí, la llegada del valor, o tal vez, del anuncio que necesitaba, ese impulso que le indicaría cuando o si debía hacerlo.

La confusión, las dudas, pero sobre todo los gritos, los inhumanos gritos de sufrimiento en su cabeza no lo dejaban en paz. Días tras día, desde hace dos años, a partir de aquella tarde cuando Víctor se fue, todo comenzó, dando inicio al desplome de lo que era su vida, llegando al ahora: un desastre, una vida llena de vacíos y recuerdos oscuros y tormentosos, que nublaban su mente continuamente, negándole todo momento de paz.

Hace ocho años, su esposa murió dando a luz a su hija. Fue un momento doloroso, pero no lo suficiente para derrumbarlo. La nueva vida arribada le dio fuerzas, esperanzas. No se sintió vencido por el destino y sus extrañas jugadas. Decidió continuar, criar a su hija, su fuente de alegría, de la mejor manera posible.

Sin embargo le fue complicado mantener un balance entre el ser padre, cuidar a Sofía, su hija, y mantener el digno trabajo con que mantenía sus vidas. La rutina le robaba todo el tiempo, no podía compartir junto a ella todos los momentos que deseaba.

Fue entonces cuando Víctor apareció, su hermano mayor, quien ofreció su ayuda cordialmente. Estaba dispuesto a compartir los problemas y a tratar de aliviarlos. Cuidaría a su sobrina sin inconvenientes, se comprometió a estar allí cuando cualquiera de los dos lo necesitase, mientras, su hermano menor trabajaría...

Todo transcurrió a la perfección. Años pasaron. Las relaciones entre hermanos, tío y sobrina crecieron y se fortalecieron. No tardó la pronta mudanza de Víctor con ellos. Era necesario para cuidar a una niña que crecía y crecía. Se convirtieron en una familia unida.

Sin embargo la tensa felicidad duró demasiado. Un sorpresivo anuncio lo desconcertó: lo despidieron de su empleo.

Un año pasó y todo se complicó: discusiones, dificultades y dinero, problemas de dinero. Él y su hija sufrían por necesidad, penurias vergonzosas pero inevitables. Y de nuevo fue Víctor quien acabo con ese corto periodo de problemas. Consiguió un empleo, ganaba dinero, mucho, tal vez demasiado para ser tan repentino, pero imposible de rechazar.

La bebé creció fantásticamente luego de siete años, en un ambiente cambiante, pero finalmente de comodidad y prosperidad gracias a su tío, convirtiéndose así en una hermosa niña, candida y tierna.

Su hermano Víctor, a él debían agradecerle todo lo tenían, todo lo que eran gracias a su apoyo, esfuerzo y generosidad. Logró pasar más tiempo con su hija desde la pérdida de su trabajo. Víctor se ocupaba de los gastos y necesidades, algunas veces de pequeñas frivolidades, sin reclamos ni quejas, el dinero parecía nunca faltar.

Todo era admirable y hasta fantástico, hasta que la ilusión se destruyó aquella tarde condenada, cuando Víctor apresurado, llegó a casa, sudado y tembloroso. Empacó rápidamente algo de ropa, algunas prendas y documentos, lo que pudo. ¿Qué sucedía? ¿A dónde iba?, respondió con silencio. Salió de casa asustado sin detenerse, sin despedirse, sin decir nada, dejando tres fajos de billetes de gran valor envueltos en una nota escrita a mano que rezaba: Aprovéchalos.

Así fue como Víctor los abandonó. No volvieron a comunicarse nunca. Fue el inicio del fin.

El destino injusto que lo perseguía de nuevo, luego del abandono, tocó con sus garras a Sofía, quien a tan solo siete años de vida, empujó hacia aquel vórtice de soledad. Él había presenciado el momento y lo había guardado en su memoria con increíble exactitud.

Desde entonces, por las noches, envuelta en aquel sombrío aislamiento, deprimida, Sofía le susurraba al oído su soledad, su miedo. Hasta que la desesperación repentinamente la hacía estallar de ira, convirtiéndola en un atroz monstruo dedicado a gritar furioso, colérico y deseoso de que sus peticiones fuesen cumplidas.

A pesar de todo, la angelical voz de su hija, aunque una triste y lamentosa, en ocasiones frenética, a sus oídos no parecía menos armoniosa. Era lo único bueno le quedaba en la vida.

Los fríos golpes de la lluvia lo trajeron de vuelta al instante, mientras empapaba su rostro y cabellos. Continuaba paralizado, esperando ese impulso que lo obligase a actuar, pero este no se presentaba. En cambio, solo llegaban recuerdos, los crueles recuerdos. Imposible desprenderse de ellos.

Vino a su mente entonces aquella velada maldita, la cual sentenció el resto de su existencia. Era una noche fresca y calmada, una noche decisiva. Él disfrutaba junto a Sofía, como pocas veces, de la acogedora habitación. Conversaban, reían y jugaban. Escuchar las risas de su hija, ver su rostro brillar y sentir sus besos de cariño lo compensaban todo y le permitía olvidar el abandono de su hermano por unos hermosos minutos.

Esa noche, le leía antes de dormir un cuento de hadas. Sofía lo disfrutaba, atenta a la historia mágica, a esa alegre fantasía narrada y a la hermosa vida de aquellos personajes ficticios que inconscientemente su narrador, él, deseaba vivir, como un gran sueño de niños grandes, maravilloso e imposible. Mientras su hija escuchaba, él leía y agradecía por ese regalo divino, el tierno rostro, la natural inocencia, aquella niña de grandiosos ojos azules y de hermosos cabellos brillantes, complementados por una angelical sonrisa hacían de la niña el ejemplo de su perfección.

- Los necesito, estoy sola... - le susurró Sofía, regresándolo a la realidad.

La lluvia continuaba cayendo y él, inmóvil.

De nuevo, era su hija solitaria lamentándose. Era ese el momento de retribuirle un poco de la felicidad que ella le daba, le dio. Sofía lo merecía, después de tanto tiempo de tristeza y soledad en aquel hosco rincón.

No quería escucharla de nuevo vociferar lamentos, sollozos ni mucho menos sus ensordecedores gritos furiosos, no más. Todo acabaría pronto, la haría feliz, terminaría con su soledad ¡no más!.

Fue la misma injusticia del destino quien despertó en su memoria de nuevo, lo sucedido aquella noche que comenzó de ensueño, y terminó en pesadilla.

Sonó un fuerte ruido, un gran golpe, una ventana se fragmentaba, los vidrios hecho trizas, siguieron otros más, ¡las ventanas era rotas! los cristales caían al suelo, quebrándose aún mas y generando sonidos agudos discordes que se unieron al grito de espanto de Sofía, el cual él calló de inmediato al taparle la boca con su mano e indicándole que se mantuviera en silencio.

De repente, fuera de la habitación no se escuchó nada. El regreso de un silencio turbio los hizo sentir incómodos. Sofía lo abrazó temerosa, él le respondió igual. Nada se escuchaba, ¿había terminado?, no quería comprobarlo.

Sombras danzantes se dibujaron en el suelo a través de la abertura de la puerta. Un jarrón cayó de repente, golpes y topetazos comenzaban a escucharse, unas sillas eran lanzadas, tal vez una mesa volteada. Eso que había fuera de la habitación no se había ido, continuaba allí, acabando con todo a su paso. Todos los sonidos en unísono creaban una desconcertante y aterradora melodía de desastres. Sofía comenzó a temblar. Solo estaban él, su hija y lo demás.

Espasmos lo rescataron de sus recuerdos. No pudo evitarlo, memorar aquella noche de terror lo provocaba, se estremecía. Pero esa no sería la excusa que le impediría acabar con la soledad y sufrimiento de su hija. Encontraría solución al problema, hallaría la luz que alumbraría el lugar, le encontraría compañía con quien jugar y divertirse, así nunca estaría sola y él, nunca escucharía los gritos, solo las risas, la alegría y diversión, no el llanto, el horrible llanto.

Se acercó a través del mojado jardín a la casa que mantenía vigilada. Aún lloviznaba. Debía asegurarse primero de que todo y todos estaban donde debían estar. Creyó escuchar algunas voces, en la casa había personas, eso creyó. Pero le continuó a ese murmullo improbable un silencio, un silencio que lo invadió y lo paralizó aún más frente a esa casa.

El sonido de una puerta abriéndose de golpe y en seco en su mente, lo hizo temblar he hizo retumbar sus recuerdos. Evoco el momento justo en que ese sonido calló a todos los anteriores,

cuando la puerta de la habitación donde él y su hija se encontraban abrazados fue abierta de repente. Sombrías siluetas, hombres encapuchados, sombras, tenebrosas figuras entraron al oscuro dormitorio, se postraron frente a ellos, firmes e imponentes. Cuatro sombras se movían enérgicamente por la estancia.

Continuaron con su ráfaga de desastres: rompieron objetos, lanzaron cosas, abrieron cajones, todo sin pronunciar palabra alguna.

El débil resplandor que por la ventana entraba, alumbraba el dormitorio con manchas disparejas de sombras, dibujando figuras absurdas que distraían y asustaban, junto al sonido de estropicios, que le obligaba a su corazón palpitar sin control.

Las sombras andantes, sin preguntar buscaban y rebuscaban algo en su casa, en su hogar, en la habitación de su hija.

Repentinamente llegó la calma, las sombras permanecieron inmóviles y observándolo abrazar a Sofía temerosa y pálida de miedo. Cautelosamente una de las oscuras figuras se acercó a él, el rostro encapuchado se aproximó al suyo, tan cerca que podía sentir la respiración, olerle aliento áspero, y sentir el desagradable calor que desprendía la voz de aquel.

- ¿Dónde están? - dijo fúnebre.

La pregunta se mezcló a la inmensa confusión del momento. El temor lo controlaba, abrazó con todas sus fuerzas a su asustada hija. Sofía temblaba más y más, lloraba en silencio en la oscuridad que le ofrecían sus brazos.

- ¿Dónde están? - repitió la voz seca, esta vez, molesta.

Pero, ¡Él no sabía a que se refería la amenazante sombra! ¿Qué decirle? ¿Qué responder? Los espectros estaban allí en busca de algo, pero él no sabía qué, y no tenía idea de lo que podía ser. Fue, lo que temeroso, respondió.

La sombra, silenciosamente se alejó de él y de su hija que continuaba llorando en sus brazos. El hombre de la oscura silueta, furioso, regresó y se colocó frente de ellos. Movié su mano, gruesa

y tan oscura como su todo, fuerte y reseca que como una lanza cruzó velozmente el aire cortándolo para terminar posada en la nuca que de inmediato comenzó a presionar sin cuidado. Sofía se ahogaba.

- ¡Dónde están! - gritó rabioso, rompiendo el extraño silencio y convirtiendo el momento en una tortura mayor.

La mano enguantada también de negro presionaba la garganta de la niña con fuerza, cuyos azules ojos se agrietaban y la hermosa piel se tornaba azulada.

Instintivamente empujó al atacante de su hija, pero las sombras le impidieron continuar tomándolo por los brazos reciamente. Intentaba zafarse, era imposible. Mientras era detenido por aquellas penumbras andantes y molestas, su hija derramaba lágrimas de dolor y el rostro perdía el color.

- ¡Suéltala por favor! - gritó, afligido.

Condescendiendo a las demostraciones de poder de los hombres encubiertos, dejó de luchar y súbitamente Sofía cayó en el suelo retorciéndose de dolor en busca de aire para continuar con vida. El llanto lastimero de la niña fue el tema que ambientó la habitación y la surrealista situación.

Un fuerte trueno que confundió con uno de esos infernales gritos, lo regresó a la realidad. Las lágrimas se asomaban por sus párpados, aún temblaba. Estaba habituado a sentirse de esa manera al recordar a las sombras. A pesar de los espasmos, avanzó unos pasos hacia la casa que acechaba desde hace horas, esperando descubrir finalmente si alguien se encontraba dentro. A simple vista, no lo había, y las voces que había escuchado, no le fueron suficiente prueba, su mente solía jugarle esas jugarretas.

Decepcionado y apenado con su hija, giró para regresar y abandonar su propósito, pero un largo sonido lo detuvo, retumbo en su cabeza por varios segundos, llenándolo de deseo por continuar su promesa. Eran las risas de dos niños las que lo contuvieron. Los hijos de los vecinos estaban en casa, solos.

La tarde terminaba y la noche comenzaba a dominar el cielo nublado de aire denso y frío, la llovizna no se detuvo y convertía todo en un momento frígido, vacío de estrellas, y adornado solo por el resplandor de la luna, que esa noche brillaba vigorosamente, derrochando por todo el cielo un brillo tan intenso como aquel cañón que apuntaba al rostro de Sofía, aquella nefasta noche. Recordaba de nuevo, los momentos pasados de sufrimiento nunca lo dejaban en paz ¡nunca!

Reviviendo mentalmente la ocasión; en el suelo Sofía continuaba llorando y temblando. La sombra, de entre sus entrañas sacó un arma, lentamente la dirigió al cráneo infantil, y la frotó cerca del dorado cabello. El cañón brillaba en la densa penumbra de la habitación. Los encapuchados lo aferraron más. Asustado por el destino y sus errores fatales, balbuceó lo que sabía: nada. Fue una mezcla de palabras envueltas en halagos, disculpas, perdones, debilidad y subrepción, las que brotaron torpemente de sus labios secos y temblorosos, mientras se escapaban cerca de sus pupilas dilatadas, lágrimas de temor.

- ¿Qué estas dispuesto a perder? - susurro esta vez la sombra sin dejar de apuntar a la niña.

Trató de ver a ese hombre enmascarado a los ojos, pero eran tan oscuros como su tez. Eran la capucha y el traje como espesa niebla que cubría su rostro y su cuerpo, evitando poder verlos, era por completo una sombra anónima como sus acompañantes, que solo se dedicaban a observarlo, y mantenerlo quieto, atento.

No sabía qué responder, no sabía nada, su silencio lo decía todo. Su hija era inocente al igual que él. No sabían nada, ¡ese nada maldito y desconocido!.

La oscura silueta amenazante agitaba su mano armada suavemente, en señal de necesitar una respuesta. La pistola bailaba en la testa de Sofía, que permanecía en el suelo tocando su cuello, llorando y sufriendo. El desgraciado que apuntaba a su hija parecía divertirse al oír los llantos y lamentos infantiles, ignorados por todos, menos por él, quien sufría junto a ella el momento.

El amenazante, dejó de apuntar el arma, la guardó y dio media vuelta, dándoles la espalda.

- Parece que todo, dispuesto a perderlo todo, por unos papeles firmados - dijo con un fuerte tono de voz, calló unos segundos y agregó - entonces, lo perderás Víctor.

¿Víctor?, todo era un error, una confusión. Ese simple nombre era la explicación a sus males y problemas. Sus dudas despejadas, la explicación a la situación. El equívoco destino había jugado sus cartas de nuevo erróneamente, torturándolos una vez más. El objetivo de la búsqueda de aquellos sicarios enmascarados era Víctor. Sin duda las respuestas a sus preguntas solo las tenía su hermano, y eran ellos, él junto a su hija, quienes pagaron por las acciones de otro, gracias de nuevo al destino inicuo.

Recordó haberse enfurecido en ese instante. Había comprendido todo sobre el próspero dinero, de donde provenían tantos ingresos; tal vez un robo, algún negocio con la mafia, una venganza... ya no importaba.

- ¡Yo no soy Víctor! - gritó con una tensa sonrisa, intentando aclararles la situación.

El lóbrego hombre sordo a sus palabras, señaló a uno de sus semejantes y luego a la niña. El encapuchado señalado afirmó entender la orden con un movimiento de cabeza. Presionado a mantenerse en su lugar por los tentáculos de las demás sombras, no podía hacer nada, solo ver a Sofía como padecía en el suelo, aun intentando recobrar el aire robado.

Fue el justo y el preciso momento, en que el resplandor de un disparo generado por la orden de su principal amenazante, alumbró el dormitorio, reafirmo las oscuras figuras de aquellos anónimos, escuchó un grito de dolor y presencié aquel amargo momento, en que fue invitada la soledad a invadir la vida de su hija y la suya.

Entre llantos, desenfrenados gritos y agonía, los mafiosos, los matones se desvanecieron cautelosamente del lugar, perdiéndose de vista por completo, dejando su marca en Sofía.

Su mente no soportaba más recordar tanto sufrimiento, y decidió privarse de hacerlo, o no lo dejarían pensar. Evocar aquellos terribles momentos le había obligado sudar. Su cuerpo no sabía

que otra señal de descontrol demostrar al recordar la noche del sufrimiento. A pesar de todo mantuvo la vigilancia de la casa vecina, posando su mirada en una de sus ventanas.

- Me siento sola - susurro Sofía desde muy lejos – Los necesito...

Débilmente pudo escucharla. Era hora de terminar con la soledad y sufrimiento de su hija, aquel que soportaba desde hace dos años. No más.

El ambiente se tornó helado, la llovizna ya no lo era más. Grandes gotas frías caían sobre su rostro mojado. El cielo se mostró testado de nubes oscuras que opacaron el tenue brillo lunar. La risa de los niños sonaban al fondo haciéndole recordar la felicidad que Sofía solía disfrutar. Parecía que el posible remordimiento o arrepentimiento futuro se adelantaba y Sofía, en su interior lo notaba. Ella lo sabía todo.

Tal inquietud causó que una duda se presentase ante él: ¿Debía hacerlo?. El solo pensarlo sabía, traería consecuencias. Ella se enteraría y le molestaría. Pudo escuchar la respiración agitada de Sofía enojada por su duda. No quería escuchar de nuevo la estruendosa voz llena de ira, se aproximaba, lo sabía. Cubrió sus odios con sus manos para evitar oírlos, pero fue inútil, los gritos coléricos ya retumbaban en su cabeza.

- ¡Hazlo, Hazlo! ¡Los necesito! -vociferó la niña en su intento por ser escuchada - ¡Hazlo, hazlo!, ¡que me acompañen! ¡Hazlo ahora!.

Cada vez más, los gritos se convirtieron en insoportables rugidos provenientes de la rabia de una niña sola y desesperada. No los soportaba más y lo decidió. Era ese el momento, esa era la señal que esperaba, el impulso que necesitaba.

Se acercó a la ventana de la casa que mantuvo vigilad. Estaba abierta. Entró fácilmente al hogar de su vecino. A lo lejos se escuchaban aún las risas de los hermanos. Se movía cautelosamente, y se acercaba al lugar donde los niños jugaban. Las risas se escuchan más cerca, se aproximaba él como una silenciosa sombra, como una más de aquellas temibles siluetas que arruinaron su vida.

Estaba cerca de ellos, tanto que podía verlos. Era una oportunidad que debía aprovechar, una única y perfecta. Su hija sola, necesitaba compañía, y era el momento de dársela.

Irrumpió en la habitación sorprendiendo a los niños que respondieron con un grito infantil y chillón. Perdieron la calma y una gritería desenfrenada llenó el lugar. No soportaba más gritos, eran suficientes los de su desesperada hija, lo ensordecían tantos lamentos, demasiados para una cabeza repleta de tormentos como la suya. Un golpe inconsciente e inmediato le propinó a los niños; bastó para calmarlos, cayeron al suelo adoloridos y callaron.

Perdió entonces por completo la sensatez que le quedaba. Los cuerpos infantiles de dos hermanos poco a poco agonizaban por la golpiza que les daba, pero no le importaba, porque les otorgaba descanso eterno y felicidad. Les regalaba una buena amiga: Sofía. En ese momento hacía muy feliz a su hija.

Rápido y violento, fue un incomodo momento. Gritaban cada vez con menos fuerza, adoloridos, mientras Sofía gritaba fuertemente de alegría. Pronto compañeros tendría y no estaría sola, de nuevo, jamás, en el oscuro y solitario lugar.

Minutos después todo acabó, un poco de sangre manchó el lugar, pero eran detalles sin importancia. Había hecho bien, muy bien. Los dos niños serían la perfecta compañía, unos buenos amigos para su difunta hija. Le ayudarían a olvidar la muerte a manos de aquella sombra asesina, que le disparó en la nuca por órdenes desconocidas, impulsadas por la búsqueda de unos malditos documentos firmados por su fugitivo hermano Víctor, culpable de todo el sufrimiento vivido.

Ahora su hija, muerta en realidad y viva en su pensar, podría disfrutar de la compañía de aquellos dos niños en su antes solitario limbo, y él podría descansar por fin en paz después de dos años, sin escuchar gritos feroces ni reproches...

Eduardo